Tomo 9

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 7

San José, Costa Rica 1924 Lunes 20 de Octubre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Declaración de los escritores y artistas de Chile

Los escritores y artistas de Chile, que profesamos las más diversas y antagónicas doctrinas sociales y hemos vivido lejos de los partidos políticos, hoy, en bien de la dignidad de la nación, pasados varios días desde el golpe militar que derrocó el antiguo Gobierno de la República, creemos necesario hacer esta exposición ante el extranjero, por la influencia de este movimiento sobre el porvenir de Chile y de América y por nuestra fe en la solidaridad internacional de las fuerzas espirituales.

Gobiernos y parlamentos cuyas doctrinas liberales y declaraciones de eficiencia administrativa aceptaban la gran mayoría de los ciudadanos, pero cuyos hechos y consecuencias estaban en pugna con esas doctrinas y declaraciones, iban arrastrando a la nación, desde administraciones anteriores, a una creciente postración moral y económica y a un descrédito del régimen, de los partidos políticos y de sus hombres.

Cuando los legisladores, violando la Constitución y contrariando la opinión pública claramente manifestada de un extremo a otro del país, iban a sancionar una ley dictada en su exclusivo beneficio, un grupo de jóvenes oficiales del ejército fué a golpear, con su sola presencia, sin imposiciones, la conciencia del parlamento; y éste—¡tan deleznable era! —todo él se deshizo sin ruído. Cayó en seguida, necesariamente, por estarle ligado, el poder ejecutivo, y ambos se derrumbaron ante la espectación de todo el país, con la protesta de la más insignificante minoría y el temor de los hombres libres y conscientes que hemos aprendido, por la historia, a temer los gobiernos militares.

Y para desmentido del aforismo de que siempre la historia se repite, hemos visto y debemos declarar que esta revolución no puede confundirse con ninguno de los movimientos militares producidos en otros países, especialmente en el último tiempo: ha sido espontáneo en su esencia, ha carecido de caudillo y no ha conculcado ninguna de las libertades públicas.

En todo el país ha reinado y reina, salvo pequeños incidentes iniciales, la más completa tranquilidad.

Sólo se ha levantado un fermento, hasta ayer adormecido: el despertar de la conciencia civil del país entero. Esta tranquilidad profunda revela con su impresionante y silenciosa actitud que el derrumbe, realizado por quien fuere, respondió al íntimo deseo de todos los ciudadanos; y demuestra a los miembros de la Junta Militar y a la mirada atenta del extranjero que en Chile sólo una fuerza puede gobernar: aquella que representa la conciencia nacional. La propia Junta Militar así lo ha comprendido; y de ahí sus terminantes y reiteradas declaraciones públicas de que ella entregará el poder a los civiles tan pronto como una próxima Asamblea Constituyente, representante no sólo de las banderías políticas, sino de todas las fuerzas vivas de la nación, dicte una nueva Carta Fundamental.

Los escritores y artistas de Chile, al comprobar por sus hechos la sinceridad de propósitos de la Junta Militar, nos hacemos un deber en declarar ante el país y el extranjero, que, si se conculca cualquiera de las libertades públicas, a las que largos años de vida democrática nos tienen acostumbrados, si no se llama en la oportunidad debida a la Asamblea Constituyente, si ésta no representa en proporción las fuerzas vivas del país y si el mecanismo de su funcionamiento impide en cualquier forma la libre manifestación e influencia de todas y cada una de ellas, con la misma independencia con que aceptamos como

bien inspirado el Gobierno Militar, protestaremos con todas las fuerzas irreductibles del espíritu y apelaremos a la conciencia nacional y extranjera.

PEDRO PRADO, EDUARDO BARRIOS, ARMANDO DONOSO, ERNESTO A. GUZMÁN, HERNÁN DÍAZ ARRIETA, CARLOS SILVA VILDÓSOLA, IRIS, PRÓSPERO BISQUERIT, ROBERTO MEZA FUENTES, ALFONSO LENG, JULIO ORTIZ DE ZARATE, DANIEL DE LA VEGA, HUGO SILVA, (JULIO CÉSAR), CARLOS PRENDEZ SALDÍAS, RAÚL SILVA CASTRO, ROMEO URGA. *(Siguen las firmas)*.

Querido amigo García Monge: pronto le escribiré largo sobre lo que nos ocurre. Hoy no tengo tiempo. Pero me apresuro a enviarle el manifiesto que los escritores y artistas de Chile lanzamos al extranjero con motivo de nuestro golpe militar. Falta recoger aún muchas firmas. Se lo mando incompleto en este particular, a fin de aprovechar el correo de hoy y proporcionarlo cuanto antes al REPERTORIO. Le rogamos publicarlo en el primer número que esté por salir. Se dicen por ahí muchas tonterías sobre este asunto.

Le estrecha con emoción la mano su amigo

B.

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.
Publicado por
J. GARCIA - MONGE
Apartado 533
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega	¢ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El tomo (para el exterior)	$ 3.50 oroam.
La página mensual de avisos (4 inserciones)	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

La cesión de Belice

(De *Revista de Revistas*. México, D. F.)

1

LA historia, la tradición, las costumbres, la lengua, las instituciones; el presente y el pasado, en suma, nos solidarizan con la nación guatemalteca. Una misma cultura vernácula nos une con los recios vínculos inmateriales del alma, desde que Landívar cantó sus dulces versos latinos de la *Rusticatio Mexicana*. Guatemala y México son pueblos que proceden del mismo principio étnico y tienden a la propia consecución de su destino. Porque el magnífico imperio tenotchca extendióse una vez, antes de la conquista, hasta las regiones meridionales, desde la altiplanicie de Anáhuac, y los mayaquiché elaboraron su hierática civilización en la linde de ambas repúblicas; porque España, al emprender la dominación de lo que sería Nueva España, realizó con la epopeya de Cortés, el episodio de la expedición a las Hibueras, donde cayó la sangre de Cuauhtémoc, un martes de Carnaval del año 1525; porque los mismos héroes que consumaron nuestra soberanía, realizaron, indirectamente, la de la Capitanía guatemalteca; porque, en fin, Dios nos puso en una tierra común, el próvido centro de América, y en ella habremos de amarnos y hacernos valer, no por las extrínsecas y deleznables razones que elabora la política —pactos efímeros y alianzas recelosas de un día—, sino por el argumento irrefragable de la estirpe única que, si alguna vez disimularon los déspotas, nunca dejó de imperar en el afecto congénito de las gentes. Hay actos que constituyen una fatalidad venturosa. Nadie puede ser óbice a impedir sus efectos. El mal mismo, sofístico por malo, si se empeña, no desmoronará la recia construcción del amor. Así con México y Guatemala. Ambos irán por su ruta propia, encadenados al afecto incoercible que procede de un origen idéntico. Aun cuando se empeñasen en odiarse, tendrían al fin que comprenderse y respetarse. Su naturaleza de pueblos atribulados y libres los concierta en obra recíproca de humanidad y de justicia. La tierra mexicana, al estrecharse y ceñirse hacia el Sur, parece significar unión también, y estrechamiento generoso. México honrará siempre a su hermana. Es el país mas cercano a su noble corazón. Reune la fortaleza de la esperanza a la grandeza de la debilidad. Como nosotros mismos, es débil y fuerte. Una raza adversaria puede herirnos a ambos con los motivos de su avidez, siempre renovados, y la astucia de su refinada diplomacia. Si el amor, porque nos hallare indignos no nos une, el temor, debería unificarnos. Para nuestros enemigos, no somos dos presas diferentes. No son tan sutiles los lobos, que distingan un cordero de una oveja. Les hipnotiza la blancura y el prestigio del mismo vellón.

2

Cuando se discutía, hace años, la supremacía en las Antillas, algunos necios aplaudieron la derrota de España. Nosotros, desde entonces, tuvimos la intuición segura de nuestro destino. ¡Cuánto daríamos hoy porque el Golfo de México no se clausurara con la esclavitud de Puerto Rico! El seno mexicano, nuestro bello mar interior, la cuenca nuestra del Mediterráneo hispanoamericano, ve todos los días más próximos, más imperiosos, más fuertes, a los héroes de la pacífica sumisión. Ahora ya no es sólo el Golfo. Inglaterra piensa ausentarse. La pujante potencia de la historia moderna abandonará

nuestras playas, y, con su apartamiento coincidirá la extensión de la influencia de nuestros contrarios. Nueva probabilidad de progresivo acaparamiento. El peligro no está en que Belice sea de Guatemala, sino que se convierta en colonia del Espíritu de Dominación.

Belice para Guatemala es una adquisición de nuestra raza. Belice para los Estados Unidos, significa el desastre de México y de nuestros hermanos del Sur. México anhela la prosperidad de Centro América. El día que surja la unión de las repúblicas gemelas, batiremos palmas y honraremos al gran Estado meridional. No será nuestro enemigo. No podrá serlo. Tendría que descastarse y renegar de su esencia al herirnos. Somos el baluarte de la etnarquía española. El broquel que defiende en América la dicha de los pueblos del Sur.

3

Belice y las Guayanas son nuestras válvulas de seguridad. Holanda, Francia e Inglaterra representan el contrapeso providencial de la acción yanqui. ¿Qué haría el Brasil, si supusiese que, para sufragar réditos internacionales, las tres naciones europeas abandonaban sus colonias a la gran potencia septentrional? ¿Cómo se conmoverían Chile y la Argentina, al averiguar que los Estados Unidos habían puesto su planta sobre tierras del hemisferio austral? Lo mismo experimentamos los mexicanos, al barruntar que Belice podría dejar de ser inglés. México nunca ha sido agraviado por su ilustre vecina. Si recorriésemos la historia de nuestras relaciones políticas, veríamos, solamente en uno de los episodios más gloriosos de nuestra vida republicana, a las naves inglesas y españolas alejándose de Veracruz, empujadas por Prim, mientras adelantaban, sin derecho, por tierras de Veracruz, los soldados de Napoleón.

4

Creemos haber reflejado en estas líneas el sentimiento nacional. La grandeza de Guatemala no puede sernos indiferente. La deseamos con la mayor sinceridad. Pero si este auge del país limítrofe, sólo fuere ficticio, y, en el fondo, de lo que se trata es de clavar otra pica más en Flandes; si el ferrocarril habría de ser yanqui, yanqui el puerto y yanqui la acción, entonces, no podemos menos de proclamar muy alto que a México y Guatemala no puede convenir este nuevo problemático alarde del imperialismo sajón.

¡Por fortuna, todo será, no más, cierto buen deseo de algunos multimillonarios de Wall Street!

Inglaterra estima en lo que vale su colonia, para no cederla graciosamente a los Estados Unidos, amagando a un tiempo, la soberanía de Guatemala y la de México. ¡Por el istmo central de nuestro Continente ha principiado ya a pasar, y desfilará totalmente, algún día próximo, el tráfico internacional!

Si la Gran Bretaña se ausenta, habrá cesado, quizás, en lo futuro, de guiar y presidir, como ha sabido hacerlo hasta aquí, la política del mundo.

ANTONIO CASO.



Revoluciones y democracia

(De *Excelsior*, México. D. F.)

La revolución brasileña viene a poner nuevamente al debate el problema, que ya parece eterno, del porvenir de la democracia en los países de origen latino del Continente americano. ¿Está ese régimen destinado a naufragar en el mar de las violencias, de apetitos, depasiones, de locuras, que sacude a esos Estados? ¿Las instituciones adoptadas por los pueblos libres de civilización moderna ¿no encontrarán arraigo en el suelo convulsionado de esas supuestas repúblicas?

El Brasil, como la Argentina y como Chile—el A. B. C. americano—parecía redimido de la terrible enfermedad que por un siglo, desde el día en que esos países tomaron carta de ciudadanía, meciera su cuna. Tras la convulsión que lo desligó de la tradición monárquica, y después de los inevitables zarpazos que aplicara el caudillaje en sus carnes, la joven República había entrado en un camino de calma, que por grados sucesivos había de darle el lugar prominente a que lo preparan sus riquezas colosales. Pero el Dragón velaba en la sombra de estas Hepérides tropicales: los antagonismos políticos, cortantes e irreconciliables, buscaban una salida para llevar su vieja querella al terreno de las armas.

Ninguna nación latinoamericana había encontrado un medio más adaptable al molde democrático. Al erigirse en República no tenía el Brasil que inaugurar esa lucha de represalias que en los demás Estados han mantenido a sus poblaciones en un largo conflicto sangriento. El imperio abdicó, antes que ser arrojado por la fuerza, dejando establecidas todas las reformas inherentes a la democracia: abolió la esclavitud, debilitó el poder de la oligarquía reinante—los señores del terruño—destruyó los privilegios, unió las clases sociales. ¿No es esto hacer democracia? ¿Qué quedaba a los hombres encargados de conducir la República naciente? Una sola tarea, humilde pero sólida, pasiva pero constructora: asegurar la paz pública. Y esto es lo que se antoja que no han realizado en el Brasil, como por lo demás en los demás Estados latinos del Continente.

De sobra habían visto los grandes hombres del pasado los obstáculos que se alzaban en esos países al arraigo de las instituciones republicanas, que algunos de ellos, empero, contribuyeron a establecer. El mismo Bolívar traza palabras que queman. «Los que han servido a la causa de la revolución—dice—han labrado en el mar»... Denuncia la miseria moral de las nuevas repúblicas con la dureza de los profetas hebreos, escribe García Calderón: «No hay fe en América en los hombres ni en las naciones; sus tratados son papeles, sus constituciones libros, sus elecciones combates, la libertad anarquía, la vida un tormento.» La crítica del Libertador se prolonga a los tiempos presentes.

La historia ha perpetuado este problema que nos punza tan dolorosamente como punzaba a nuestros padres, como punzaba a nuestros abuelos, como, según todas las apariencias, punzará a nuestros hijos. De la dictadura pasamos a la anarquía por el reducto de las revoluciones, que prometen improvisar un régimen liberal con la escuela de las bayonetas. Así se desarrolla la vida sangrienta de estas naciones; así van a ciegas estas llamadas democracias latinoamericanas.

En ellas, y por una ley indeclinable, las revoluciones engendran revoluciones durante largos períodos, siendo los vencedores de hoy los rebeldes de mañana. «Mis más violentos perseguidores de ahora —escribía Balmaceda, el Presidente de Chile, en su famoso testamento político —son los hombres a quienes he colmado de honores, los

que he llevado a los más altos puestos.» Pero ¿qué nos sorprende en el hecho? ¿No sabemos que la mayoría de los fundadores de la independencia de los Estados americanos han muerto en el cadalso, en la prisión o en el destierro? ¡Buena «ilustración» la de estos catorce años de revoluciones mexicanas en las que los revolucionarios se han exterminado entre sí implacablemente!

De ese montón de ruinas y de cadáveres no puede salir la democracia; salen los odios y salen las rebeliones, como tallos venenosos de esas simientes rojas. En el Brasil, de años atrás, al igual que en nuestro país, el principio de autoridad parecía haberse salvado del naufragio político. Este principio lo mantuvo don Pedro, como en México el general Díaz, a despecho de la inmensa variedad de elementos políticos disolventes. Deshecho el encanto con la desaparición de estos dos jefes de Estado; rota, por una confusión lamentable, la disciplina, al borrar justificadamente las líneas rígidas de la dictadura, la crisis de estas repúblicas muestra la inconsistencia de sus componentes: las clases gobernantes, faltas de preparación política y embriagadas por un orgullo autoritario; las clases gobernadas, indiferentes y apáticas, rebeldes o sometidas, que en sus días de lucha dan el aspecto más bien que de un alzamiento de pueblo de una insubordinación de esclavos. Malos materiales para construir una democracia.

Precisamente esta falla es la que ha servido de escalera a las dictaduras preparadas por el caudillaje. Con los escombros de las incapacidades y de los odios de las dos clases han edificado sus palacios los monarcas de las repúblicas americanas.

«Nuestra población—habla el doctor Núñez, caudillo de Colombia— no excede de tres millones de habitantes, poco civilizados en su gran parte. Si la fracción social llamada por sus aptitudes a las funciones gubernamentales se divide y subdivide, consagrándose a debilitarse a sí misma, no podremos nunca hacer nada importante como legatarios de la dominación peninsular, mostrándonos superiores.»

Al contacto con la realidad, el doctor Núñez, que había sido radical exaltado y socialista al modo de su época —partidario de las doctrinas de Saint Simón y Luis Blanc—se convierte en un ardoroso sostenedor de la autoridad gubernamental, esta *belle au bois dormant* de estas inquietas cuanto inquietantes comarcas del mundo nuevo.

Toda nueva revolución de exclusivismos personalistas —¿y cuál de ellas no descubre esa tendencia en América Latina? — es una regresión en la conquista de la democracia, porque esta forma de gobierno, según lo acaba de escribir el viejo James Bryce en una reciente obra sobre la materia, es la que más exige del ciudadano y menos le concede en cambio. El sentimiento democrático tiene por bases el desinterés y el amor a la patria.



Regresiones

(De *La Nueva Prensa*, San José, C. R.)

En donde quiera que se ha establecido una dictadura para sustituir con el imperio de la espada la acción natural y justa de las instituciones legales, nosotros no podemos ver un progreso sino una simple regresión al pasado: es una vuelta de la sociedad a las épocas en que el hombre no ocupaba sus fuerzas, sus instintos y su inteligencia sino en matar animales. Es un paso hacia atrás. Algunos se desconciertan con ello; algunos se forjan varias esperanzas; algunos que no han podido salir del todo de las edades paleolíticas consideran resueltas sus preocupaciones selváticas de Gobierno Todo esto es pasajero: la sociedad, cuyos resortes se han distendido por un momento vuelve lenta pero necesariamente a su punto de equilibrio; la ley que con el tirano fué autoritaria vuelve a ser bondadosa y hermana con el magistrado civil; el orden preside de nuevo el movimiento complejo de todas las actividades de la nación; y lo que es mejor aún, la cultura, la que sale del alma libre del hombre, recobra su legítimo sentido y continua realizando su tarea de iluminación. Es decir, pueda que un pueblo pierda su sentido del porvenir, su noción del tiempo futuro. Pueda que así sea, pero volverá a ello indudablemente y seguirá marchando hacía adelante.

El caso de Chile, que no parece haber despertado en nuestras gentes, la más simple reflexión, y que nos toca en el fondo de nuestra conciencia americana, nos ha llenado de asombro no de desesperanza. Lamentamos con el hombre libre de Chile ese espectáculo lamentable que la magnífica República del Sur da al mundo político, ella, cuya majestad republicana iluminaba las modestas democracias del continente. ¿Cómo es posible que esto suceda? Sí es posible: en el fondo de toda conciencia humana o social hay, persistentes, esas fuerzas retardatarias que con el menor descuido surgen desde sus hondos antros para ocupar el asiento de los magistrados. El hombre libre de Chile se dirá y nosotros diremos también: eso pasa. Lo que esas fuerzas conquisten es banal, lo que ellas hagan es perecedero, sus victorias son estériles como por una condenación de Dios. Lo único que persiste, lo único que parece ser eterno, lo único cierto es lo que hace no el instinto ancestral sino el espíritu.

Todas esas dictaduras, aún las que se hacen rodear de ciertos elementos inteligentes, son despreciables y peor aún, ridículas. Por unos momentos, como los personajes de Aristófanes, llenan la escena con su orgullo o con su vocerío. Por un momento deslumbran con el resplandor de sus espadas y aturden con el relincho de sus caballos. Si van de fiesta, los imbéciles los admiran; si dictan leyes, los cortesanos los aplauden; si hacen discursos hay quienes creen no haber oído nunca más hermosas palabras. Todo esto es mentira, y mientras esta mentira se entroniza, la verdad vengativa devora, como el mar, los cimientos de toda esa maquinaria teatral, para preparar su fracaso.

No, Chile volverá a sus días grandes. La espada que sirvió para conquistar la libertad y para defender gallardamente los derechos de la nación, no matará la libertad chilena, porque donde quiera, la libertad es una diosa divina y el acero es apenas un ciego instrumento.

RÓMULO TOVAR

Miguel de Unamuno en destierro

El mundo parece estar dividido en democracias y barbarocracias. Por democracia decimos vulgaridad, rutina, palabrería. Por barbarocracia violencia, injusticia, opresión. Preferimos la democracia. Dentro de ésta el espíritu libre puede vivir aislado e independiente; más aún, puede hacerse oír en el silencio vasto y seguir incomprendido. En América, la democracia por excelencia, algunos hombres libres pueden manifestar libremente sus opiniones. (No en tiempo de guerra, porque entonces no hay sino barbarocracias). La barbarocracia rusa incuba la horrenda barbarocracia musolínica y Mussolini aborta: he aquí a Primo de Rivera. Primo de Rivera es, pues, el feto de Mussolini. Mussolini —este apóstata del socialismo— juega con leoncitos (domesticados naturalmente), sale de a caballo en compañía de príncipes y es la nodriza de Víctor Manuel. Pero Mussolini hace príncipe a Gabriel D'Annunzio. En tanto que Primo de Rivera, que también juega con leoncitos, que también se divierte en Barcelona (de noche) y que seca los pañales de su Majestad el Rey Alfonso XIII, gloria de las Españas, no hace príncipe al gran intelectual español don Miguel de Unamuno sino que le destierra a las Islas Canarias. He aquí la diferencia entre estos dos hombres. Estos dos hombres van a pasar a la historia. En los siglos venideros recordaremos que Primo de Rivera, estadista mediocre y general de los tercios de España, desterró a la gloria más pura de la España de hoy, don Miguel de Unamuno, porque tuvo la insolencia inaudita de decir la verdad. ¡Pobre España! Nosotros creíamos que después de los abusos enormes que cometiste con Miguel de Cervantes, te elevarías a la altura de las naciones que respetan el talento y la virtud! Pero hoy te basta un Primo para cerrar la boca de tus intelectuales y para encadenar a tu leoncito simbólico, ese leoncito de fotografía.

Su Majestad sufrió los ataques de don Miguel. Aún su Majestad quiso hacer a don Miguel en más de una ocasión Secretario de Instrucción pública, no porque creyera en el talento de Unamuno. (¿Habrá por acaso leído sus libros?) sino porque deseaba que don Miguel no dijese la verdad desde la prensa. Pero llegó Primo de Rivera y demuestra en el acto a los países de habla española que el soldado no teme al escritor y que la fuerza es superior a la virtud. Y don Miguel de Unamuno, que vale más que todos los militares del Directorio, está hoy solo y abandonado. Los intelectuales que le adoran están callados y quejosos, porque los intelectuales prefieren comer el pan amargo de la opresión a salir desterrados por tierras americanas. En una carta reciente me decía don Miguel de Unamuno: «Esta pobre España se muere, los que deben hablar no lo hacen» ¿Y qué te valió hablar, pobre viejo quijotesco? ¿Qué te valió, hombre eterno, gritar en contra de los opresores, sino que te mantearan y te mandaran a la ínsula que tú querías crear? Ahora estás en las Islas Canarias, cuerdo como Sancho y loco como Alonso Quijano. Sancho el de la isla no es Sancho Panza sino Sancho Quijano. España no podía ser la Insula porque en España hay muchos duques que se ríen de tus locuras. Crea, pues, tu Insula en las Islas Canarias, que por pequeño que sea tu imperio no lo ha de ser tanto que tu ejemplo no se extienda por toda la tierra.

Y los que deben hablar no hablan. ¿Dónde están las protestas de Araquistain, de Maetzu, de Azorín, de Pérez de Ayala? Es necesario que los extranjeros hablen. Gracias te damos, H. G. Wells, por tu recia protesta en lengua inglesa. ¿Pero qué haremos protestando?

Los intelectuales no tenemos nada. Los intelectuales somos todavía la canalla bohemia, los parlanchines, los inmundos trágicos atentos al aplauso común que dijo el poeta español. Protesta la Universidad de París, protestamos desde Minnesota, protesta la Argentina. Pero don Miguel de Unamuno está pobre, está desterrado, no puede escribir, está llorando de vergüenza y acaso de hambre en las islas.

Pero enigmático y enorme avanza el gran vengador, el gran reparador de injusticias: EL TIEMPO.

Ciudadanos de España y de la América española: En el aniversario de este día trágico en que don Miguel de Unamuno salió de su cátedra en Salamanca camino del destierro, juntémonos todos en las iglesias y en las plazas públicas para recordar que en esta fecha un militarote inculto, un estadista mediocre, un imitador de las fechorías de Mussolini, desterró de España a don Miguel de Unamuno.

Ciudadanos de España y de la America española: recordemos que en este día la pata de la bestia pisoteó la boca del talento y la virtud. Y para inmortalizar este hecho levantemos monumentos en nuestras plazas públicas, monumentos que representen la garra de la bestia apocalíptica destrozando el cerebro del hombre iluminado.

Estos dos hombres pasarán a la historia. Primo de Rivera y Miguel de Unamuno.

ARTURO TORRES RIOSECO

Madrid, agosto de 1924.

Cosas que fueron

Se ha dicho que el pueblo romano vivió cinco siglos sin literatura, por lo que si la jornada de Guánica mata la hispano americana que floreció en Puerto Rico, no perderíamos gran cosa.

Bueno sería el argumento si fuera cierta la premisa. Hasta que les inspiró el numen griego, no tuvieron los romanos expresión literaria; pero germinó siempre en su alma el instinto poético que en tradiciones y cantares guardó el espejo historial de aquel pueblo, formando su carácter y creando al fin su literatura, el esplendor del Lacio.

Si la esponja política criolla borrara nuestra literatura, extinguiríase el medio de expresión de las artes, pero no el espíritu que las inspira.

Y hé aquí que de ese hecho real los iconoclastas de la lengua hispana acaso podrían deducir un corolario para ellos consolador: si en la colonia angloamericana del Caribe matáramos la literatura castellana, tendríamos en su lugar la literatura inglesa.

Y eso es precisamente lo que es necesario discutir y negar.

Para quitar una literatura y poner otra, es menester empezar por crear el medio de expresión de la segunda. Si se pretendiera entregar el númen poético, la creación literaria, al inglés, sería el empeño inútil porque tal como se intenta que lo logre, no hablará jamás el pueblo portorriqueño la lengua inglesa.

Como no está la naturaleza colaborando en la obtención de la obra, fracasará el propósito; siendo de esperar acaso dentro de un siglo, la formación de un dialecto más o menos culto, según las circunstancias, que el *papiamento* que formaron los holandeses en las islas de la costa de Paria.

Además, no debiera ser necesario insistir en cosa tan sencilla; las lenguas son divino privilegio que Dios otorgó al hombre, encargándole de la creación, desenvolvimien-

to, cultura, mezcla y modificaciones, de esas lenguas. Desde que el mundo es mundo se forman, se acumulan y se mezclan. Evolucionan solas. No necesitan ni de la intervención de maestros de lenguas ni de la intervención de gobiernos de escasa cultura.

Son, las lenguas, la fisonomía de los pueblos. Algo profundamente arraigado en su naturaleza física y espiritual que sólo cambia o desaparece por series de actos fisiológicos, realizados en períodos más o menos largos de tiempo, y que son análogos en su proceso a la incógnita y silenciosa formación subtelúrica de las piedras preciosas.

Son, las lenguas, cosa suprema que presiden las leyes naturales. No son los congresos ni sus criados, si en conflicto con la naturaleza actúan, los que logran imponer cambios de lenguas a los pueblos. Ningún fenómeno es más universal que las lenguas. Renán dijo: *siendo las lenguas producto inmediato de la conciencia humana, se modifican sin cesar con ella.* Para enseñar inglés a un pueblo, cuando al propósito colabora la naturaleza, lo primero que hay que hacer es modificar la conciencia de ese pueblo. Porque son ellas,—las lenguas,—grandes movimientos históricos que no pertenecen al libre albedrío de los hombres, sino a la materna, intrépida, naturaleza, proyectando la vida. Así, pues, si al pueblo de Puerto Rico cupiera como tributo de guerra el destino de perder su enérgica, cultísima y admirable lengua castellana, arrastrando en su ruina a su Parnaso, sería necesario analizar cuantos siglos pasarían para conseguir que se formara otra literatura con el nuevo medio de expresión que ofreciera el dialecto que actualmente, ante España y la gran galería de países hispanoamericanos, se está formando.

No parece que esa pérdida fuera muy bonito negocio para la buena antilla portorriqueña, ni tampoco que fuera muy dorada la página de la historia de los Estados Unidos en que a los mundos de lo porvenir se relatara. Por modesta que haya sido la literatura portorriqueña, que no lo es tanto como pudiera creerse, algún grado de cultura llegó a adquirir y algún aprecio debiéramos tenerle. De esa devoción está tanto más menesterosa cuanto que, ante la general inercia, no parece tener el mal muy eficaz remedio.

Ya que todo calla y se resigna, *escriban y publiquen* los escritores portorriqueños. Escribir, escribir, escribir en lengua castellana, y publicar cuanto sea posible esa producción, por más que sea tan pobre la publicidad en Puerto Rico: publicidad esa, tan rara, que hace célebres a todos los escritores del mundo, menos a los portorriqueños.

Escribir, escribir, escribir, y si es necesario, como dicen los poetas que hacen los cisnes: morir cantando, o, como Francisca en los cuentos de Hoffman: sobre el teclado.

Y al respecto, me apresuro a anunciar a mis contemporáneos la aparición en Nueva York, dentro de algunos meses, de cinco o seis volúmenes que contendrán una gran parte de la literatura hispanoamericana. Libros para los que han sido invitados a colaborar todos los escritores criollos, incluso los portorriqueños, cualquiera que sea el género de literatura que cultiven.

A ese propósito está respondiendo toda la América Española, y yo deseo ayudar a ese esfuerzo animando a los escritores de mi país a suscribirle concurriendo con su colacoración a la cita. No debemos ser indiferentes con nuestros valores intelectuales. Puesto que hablé de Roma, imitémosla. Honró ella tanto a los suyos que tasó y vendió un día en una suma considerable el candil de Epitecto, célebre estoico. Tengan nuestros criollos ideas ya que no puedan tener fuerza. Recuerden con Michelet, que quien no posee ni la idea ni la fuerza, no existe más que por piedad.

La empresa a que aludo está bajo los auspicios de una comisión formada por tres poetas, un crítico, un cuentista y un norteamericano; comisión que ha dado su presidencia a Manuel Cestero, pensador y literato dominicano cuyo relieve intelectual es eminente.

La magnitud de la empresa da idea de la intelectualidad de esa misión, de la cual no tarde espero ofrecer un más detallado estudio.

No persigue ella un negocio, sino la realización de un noble ideal americanista ibero-americano. No serán los tomos de trabajos clasificados, sino figurarán en ellos los escritores conocidos o no. Tampoco serán recopilaciones críticas que analicen talentos, sino completo centón del trabajo literario de la gran América. Eso servirá, sin duda, a la apreciación crítica del tesoro intelectual que la materna España tiene en sus hijuelas oceánicas acumulado.

Así como para apreciar el estado de Francia no bastan los jardines de Versalles, para conocer la excelsitud de la intelectualidad ibero-americana no bastan ni Guillermo Valencia en Colombia, ni Santos Chocano en el Perú; ni Udón Pérez en Venezuela: ni Enrique González Martínez en México; ni Gabriela Mistral en Chile; ni Zorrilla de San Martín en el Uruguay; ni Santiago Argüello en Nicaragua; ni Ricardo Pérez Alfonseca en Santo Domingo; ni Virginia de Saint Pierre en Haití; ni Dulce María Borrero de Luján en Cuba; ni Leopoldo Lugones en la Argentina; ni Rafael Arévalo Martínez en Guatemala; ni Alfonso Guillén Zelaya en Honduras; ni Ronald de Carvalho en el Brasil; ni Miró en Panamá; ni Freyre en Bolivia; ni Brenes Mesén en Costa Rica; ni Gautier Benítez, ni Rafael del Valle, ni José de Diego en Puerto Rico, etc., etc... Esos grandes poetas son aspectos de la lírica de esos países, facetas del gran brillante andino.

Los editores de los libros en proyecto se proponen dar a conocer tanto en Europa como en los Estados Unidos, el movimiento actual de las letras ibero americanas. No serán selecciones en las cuales figuren sólo escritores consagrados por la crítica. En los volúmenes en cuarto, de a mil quinientas páginas cada uno, ediciones de cincuenta mil ejemplares, se hará figurar a todo aquel que acuda al llamamiento de la empresa. Las invitaciones se están haciendo por medio de trescientos periódicos y revistas. Lo único que se requiere para ocupar un puesto en la obra es que los trabajos que se envíen estén escritos en castellano bueno. Hasta ahora no se conoce realmente nuestro trabajo literario; sólo se tiene noticia de media docena de poetas y prosadores magníficos, pero que no representan el gran vigoroso conjunto de la literatura hispana en América.

Propónense los editores hacer figurar en los tomos no menos de mil quinientos literatos, y cada grupo de ellos irá precedido de una reseña sobre la cultura industrial, comercial, artística y literaria de cada país.

No se solicitan trabajos inéditos expresamente para la obra, sino ya publicados. Cada poeta puede remitir nueve poesías; cada cuentista, seis cuentos; cada dramaturgo, dos dramas; cada comediógrafo, dos comedias; cada ensayista, tres ensayos; y cada novelista dos esbozos que no pasen de cien páginas.

La publicación de los referidos tomos tiene a mi juicio singular importancia para la literatura portorriqueña, y debe ser por sus intérpretes aprovechada.

M. ZENO GANDÍA

Noticia: El Sr. Zeno Gandía es un notable novelista portorriqueño.

Voz de aliento

Syracuse, N. Y., Julio 12 de 1924.

Sr. don Eduardo Uribe.

San José, Costa Rica.

Mi querido amigo Uribe,

Apenas hoy he tenido la oportunidad de leer el libro[1] que con tan halagüeña dedicatoria se sirvió enviarme y ya colegirá usted que no quería darle las gracias sin haberle leído. Ruégole, pues, aceptar la expresión de mi agradecimiento así por el autógrafo como por el libro mismo.

No habrá de ser para usted un motivo de extrañeza, conociéndome como me conoce usted, que las poesías que más me complacen son *La Fuente encantada*, *Somos copas vacías* y *Cetrería divina*. La felicidad de las imágenes de *La fuente encantada*, la gracia del pensamiento poético con que le puso fin, toda en ella revela las posibilidades de su joven talento artístico. Me complace mirar en usted, por lo que a la facilidad del verso se refiere, un continuador de la tradición colombiana, desde Arboleda a Isaías Gamboa. Usted siente la poesía y tiene tanta facilidad para la expresión rítmica que ella suele perjudicarle allí donde se requiere una concentración artística para realizar la obra bella. Tal es el caso de *El Silvano eunuco*—cuya concepción me parece poética y muy propia para las escenas que usted ha imaginado. La ejecución, sin embargo, me parece precipitada y el *Final* no me satisface del todo; pienso que desdice del conjunto.

La bohemia es encantadora, cuando se vive a manera de los héroes de Murger; pero yo no le encuentro hechizo cuando se desciende a los asilos donde se incuba el crimen, donde no hay más que la expresión brutal de cuanto hay de brutal en los hombres. Ni pueden con estos elementos crearse paraísos, sino infiernos artificiales, las pesadillas hórridas que no son la vida, como usted ha sentido muchas veces, a juzgar por sus poesías.

Su amor a la noche, a la soledad del retiro, con ansias de ensueño, de reflexión, de trabajo intelectual le pone a usted en la familia de generosos espíritus que en todas las edades buscaron el apartamiento para saciar su anhelo de contemplación y de pensar. Por eso mismo me duele que en su vida de recogimiento no haya tenido otras expansiones que las del cabaret y que no haya encontrado en su camino seres humanos que no hayan sido de la hez de la especie. «Mi locura hace de los guijarros flores vivas» dice usted en *Los caminos*. Esa es la bella locura de los idealistas y los poetas. A don Quijote cambiábansele en princesas las mozas del partido, las ventas en castillos y en caballeros los venteros. Esa es la bella locura de nuestra raza.

Pero excúseme usted. Era mi propósito agradecer la gentileza de sus buenos recuerdos y reiterarle la expresión de mis esperanzas de que haya para usted un nuevo día menos tempestuoso que le permita encontrar senderos poblados de plantas menos ponzoñosas. Su joven talento poético creará muchos otros poemas de ideal remonte que nos hagan olvidar las sombras mucilagosas de la vida.

Con mis mejores deseos suyo amigo y servidor,

R. Brenes Mesén

---

(1) *La Voz Obsesionante*, San José de C. R., 1923.

FANTASIA XII

Una fuerza suprema, portentosa,
impele las acciones de mi vida;
y otra fuerza divina, misteriosa,
exalta el alma mía dolorida.

Y entre estas dos potencias soberanas
que son la clave de mi ser profundo,
comparto mi existencia: las profanas
y místicas locuras en que me hundo.

En esta dualidad del cuerpo mío,
—alma y materia que designan tantos—,
he cifrado el ingente poderío
de misterio y dolor que hay en mis cantos.

El misterio de todo lo soñado
y el dolor integral de lo vivido;
la carne que en placeres he gastado
y el alma que en pensar he redimido.

Muchas veces la bestia turbulenta
de la lujuria, con brutal impulso,
ha dejado mi vida macilenta
tras el espasmo de un placer insulso;

mas instantes después, desnudo, bello,
como un lirio nacido entre vil cieno,
me ofrenda el pensamiento su destello
de redención, lumínico, sereno...

Y así son en mi vida los minutos:
una lucha constante, bienhechora,
entre los tristes arrebatos brutos
del cuerpo y el espíritu; traidora

tentación y divino sufrimiento;
rodar hasta el abismo de los vicios
y ascender, ascender en pensamiento,
inmune a los estragos y prejuicios.

Así quien a juzgarme se atreviere
sólo por mis acciones terrenales
en su intento mezquino consiguiere
un cúmulo de culpas tan bestiales.

que supérfluo sería su reproche,
y en vano en el pavor se escudaría,
porque en el mal ha sido mi derroche
obra de una potente maestría..

Mas también he vaciado las divinas
ánforas del ensueño, luminosas,
en fervientes estrofas cristalinas,
ofrendando a las almas dolorosas

ese inefable néctar del consuelo,
y esta labor suprema me redime:
dar paz al corazón: ¡qué noble anhelo!
¡paz en el corazón el verso imprime!

El poeta es no más la mariposa
por el ensueño ha tiempo libertada:
¿a qué buscar en él esa ominosa
huella de su materia degradada...?

Depure cada ser, a como pueda,
la entidad inmortal de su existencia;
que al agotarse, efímera, la greda,
dará, muriente flor, alguna esencia...

¿Nuestras vidas no son, aunque complejas,
larvas de mariposas impolutas?
¡Hombre! Si con la muerte solo dejas
el capullo carnal, por estas rutas

restringidas del Mundo... ¡Qué pequeño
es para el Pensamiento el Universo;
tan ínfimo cual es para el ensueño
la prisión infinita de tu verso...!

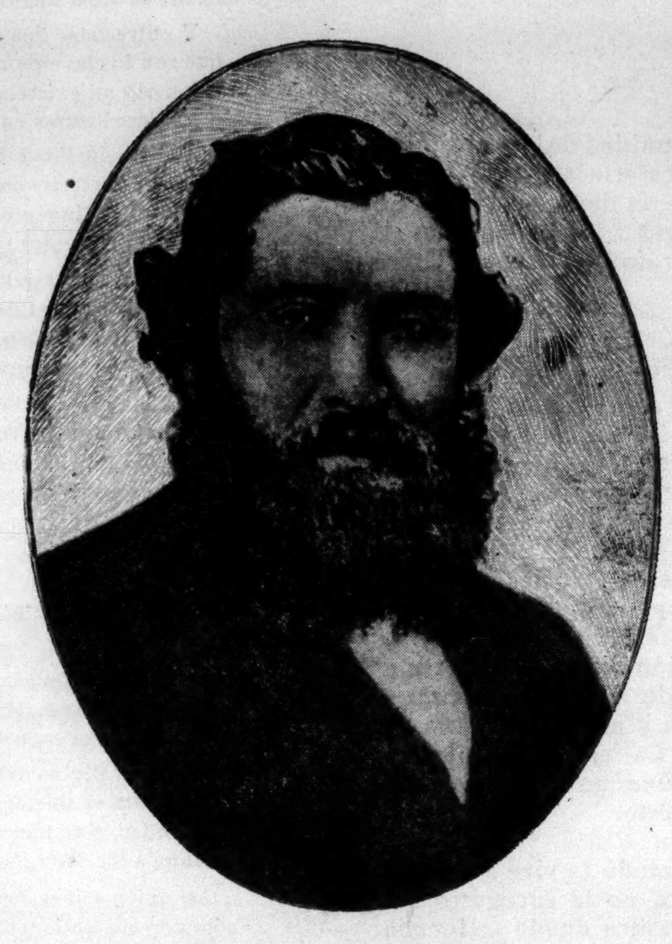
Eduardo Uribe

Agosto 17 de 1924.

El centenario de Rojas Garrido

(De *El Tiempo*, Bogotá).

HACE hoy [1] cien años vió la primera luz en Agrado, Departamento del Huila, el doctor José María Rojas Garrido. La República conmemora hoy, pues, el primer centenario de una de sus glorias más altas; de uno de los varones representativos de una época, la más fecunda y la más noble; aquella en que surgió una verdadera pléyade de hombres ilustres que se fueron sin dejar sucesores, como si con ellos se hubiera agotado el esfuerzo creador de nuestra patria. Y entre esa falanje de estadistas, oradores, literatos, filósofos y guerreros, que hubieran hecho la grandeza de cualquier país, Rojas Garrido se destacaba en primsra línea. Poseyó él todos los atributos del Genio y dejó una estela luminosa y una impresión profunda, no sólo en su generación sino en las sucesivas, que sin haberlo conocido, sin haber experimentado la emoción intensísima de su mágica palabra, sienten aún todo el influjo de su enorme prestigio.



José María Rojas Garrido

Desde que se inició en la vida pública, muy joven, apenas cruzado el umbral de los veinte años, Rojas Garrido fué un vencedor. Nada resistía en los debates parlamentarios, en los torneos oratorios de la tribuna pública, de la prensa o de la cátedra a su elocuencia formidable, a la lógica implacable de su argumentación, al calor sincero de sus convicciones. Los más avezados enemigos, que se le oponían en columna cerrada, eran siempre batidos por el joven luchador, que supo clavar en las trincheras del adversario el pendón de todas nuestras libertades. El conquistó para la República la libertad absoluta de la prensa y de la palabra; él libró combates definitivos contra la pena de muerte; y a sus doctrinas, a su constante batallar se debe sin duda el que en Colombia hayan arraigado de manera definitiva las libertades y las garantías de que hoy gozamos, y contra las cuales nada podrán los embates, cada vez más débiles, de la reacción.

De él decía Juan de Dios Uribe las siguientes justísimas palabras:

«Id por dondequiera en estos cuarenta años al encuentro de una idea, y allí hallaréis al grande hombre, asociado, como trabajador múltiple, a la elaboración del pensamiento. Como de lo alto de una montaña, se le ve dominar, sin que pierda nunca su grandeza, ni aun en los infortunios amargos con que la decepción quebranta el genio. Fué un inmenso caudal de magníficas orillas, porque, joven, apareció ya grande, y como grande avanzó el pié intrépido en las sombras de la noche eterna».

En esta hora, en que parecen haber hecho crisis los ideales, en estos tiempos secos y prosaicos, en que las doctrinas se esfuman, en que el espíritu de sacrificio y de abnegación ha sido reemplazado por un desenfrenado arrivismo; en que la mediocridad ha hecho su imperio, el homenaje a Rojas Garrido es oportuno y es simbólico. Es una invocación, que puede ser fecunda, al pasado de glorias y de triunfos y de esperanzas.

Más de cuarenta años han pasado desde la muerte de Rojas Garrido. Se fué él cuando el régimen liberal agonizaba, y caían sus doctrinas al golpe de la reacción; se han sucedido los hombres y los acontecimientos; el olvido ha cubierto muchas falsas glorias y ha condenado a muchos falsos profetas. La figura de Rojas Garrido, en cambio, brilla cada día con más fulgor. Verdadero mago de la palabra, cuyo cuerpo era, según frase de uno de sus adversarios, una caja de violín; filósofo de vastísimas concepciones, jurista eminentísimo y gran patriota, que dedicó todas las horas de su existencia al servicio de la República y del liberalismo, Rojas Garrido pertenece a la inmortalidad.

Para completar este modesto tributo que rendimos hoy a la memoria del grande hombre, nada más oportuno que los siguientes apartes de un magistral estudio del doctor Antonio José Restrepo:

«Rojas Garrido llena con su nombre sonoro los ámbitos de la República. Orador cual no ha tenido otro ninguno la fecunda Colombia, magistrado integérrimo, profesor incansable de las buenas ideas, periodista de combate y propaganda, legislador signatario de las mejores conquistas de nuestro Derecho público, cualquier guiñapo de su obra luminosa bastaría para la gloria de todos los pigmeos que han escupido latinajos y monsergas sobre su tumba silenciosa. Como suelen vesperales arreboles posar sobre nuestras rugosas montañas su corona de vívidos colores, así plugo a la divina Poesía coronar aquella cabeza—donde hervía el pensamiento como lava y rebramaba el huracán de la elocuencia en ondas comprimidas de razones—coronar aquella cabeza que no encaneció antes de inclinarse apenas para entrar en la bóveda, con los nimbos y resplandores de la Rima, el número, el Acento y la Cadencia, como si la divina hija de Apolo hubiese querido darnos, a los sobrevivientes de aquel Maestro, único en el decir y el conmover y convencer, un trasunto lejano, reconocible empero, de lo que fué la majestad del Castellano en boca de Rojas Garrido. Majestad y dulzura de la lengua materna que no volvieran a escucharse más, y que tal vez se perciben, como tenues vibraciones de un órgano tocado por el ángel de la patria, si en la callada noche y con atento oído, detenemos el paso bajo los sauces y cipreses del Parque do los Mártires, donde tremola el pabellón

(Pasa a la página 107).

(1) Sábado, 6 de setiembre de 1924.

Divagaciones de autocrítica

(De *Revista de Occidente*, Madrid).

=*Concluye*. Viene de la entrega anterior=

Pérez Galdós y la novela histórica española.

Así como uno de estos críticos aficionados a divisiones y subdivisiones me mete en el saco de la generación de 1898, otro me considera, por haber escrito novelas históricas, como un seguidor e imitador de Pérez Galdós.

No hay tal cosa. Yo, aunque le conocí a Pérez Galdós, no tuve gran entusiasmo ni por el escritor ni por la persona. Era, indudablemente, un novelista hábil y fecundo, pero no un gran hombre. No había en él la más ligera posibilidad de heroísmo. Nadie tiene la culpa de eso: ni los demás ni él.

La verdad es que la gran genialidad española acabó en Goya. Después no hemos tenido más que hombres de segunda fila.

Algunos esperan un refuerzo de la prolongación de España en América, es decir, de gran parte de la América latina. Yo no lo espero. A pesar de las adulaciones interesadas de algunos escritores de aquí y de allá, creo que, con relación a la cultura, la América latina actual no es nada, y que si llega a ser algo con el tiempo, cosa que no lo parece, su aportación, probablemente, no tendrá nada que ver con España ni con los demás países latinos de Europa.

Pero no quiero perderme en digresiones, y sigo refiriéndome a Galdós.

En España se habla de Pérez Galdós como si hubiera hecho una innovación al escribir la novela histórica contemporánea.

No hay tal innovación. Antes que él habían escrito novelas históricas Espronceda, Larra, Patricio de la Escosura, Cánovas, Trueba, Navarro Villoslada, Bécquer y otros muchos a la manera de Walter Scott. Cierto que casi todos estos autores habían escrito relaciones de tiempos remotos, pero se habían hecho también novelas históricas contemporáneas de las guerras carlistas y de las conspiraciones liberales por Ayguals de Izco, Villergas y por otros muchos autores de escasa importancia, hoy desconocidos por la generalidad, que tomaron como personajes de sus novelas a Cabrera, a Zurbano, a María Cristina, al conde de España, a Sor Patrocinio y hasta a mi pariente Aviraneta, a quien yo he intentado sacar del olvido en mis últimos libros.

Yo no fuí lector asiduo de Galdós. Su manera literaria no me entusiasmaba ni produjo deseo de imitarla.

En mis novelas, y en ésta, *Zalacaín el Aventurero*, que tenéis vosotros como libro de lectura de castellano moderno, seguramente no se nota su influencia.

En cambio, se nota, sí, la de las novelas de aventuras, porque yo he sido en mi juventud gran lector de folletines de evasiones célebres, de relatos de viajeros y expectador de melodramas truculentos.

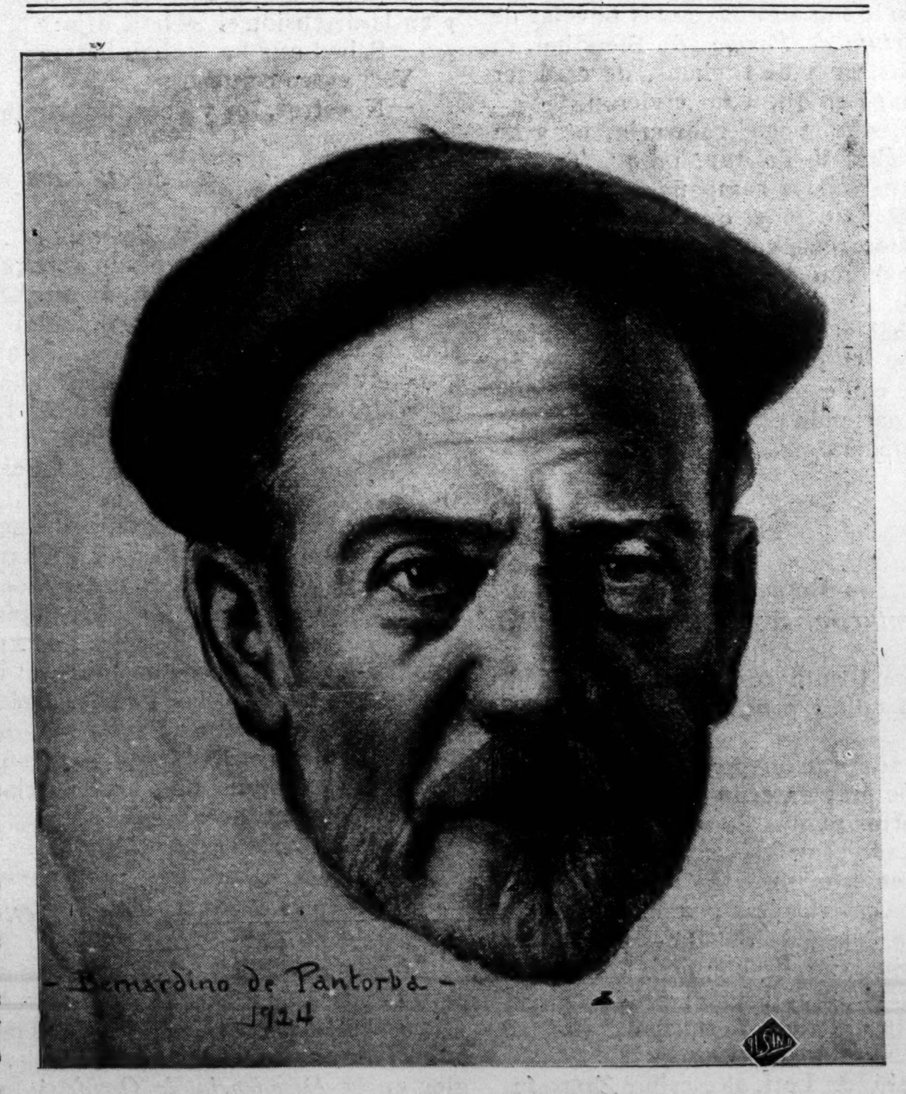
Condiciones de la novela histórica.

La novela histórica ha tenido siempre relación íntima con la novela romántica. Una y otra aparecieron arrimadas al seno de las tradiciones de la Edad Media. Gran parte del romanticismo ha tenido su base en la Historia.

La tendencia clásica también se ha inspirado en hechos históricos, generalmente anteriores, de una antigüedad más remota, pero ha pretendido al mismo tiempo ser antigua y actual. Así, en el personaje de una tragedia el autor parece que quiere demostrar que, a pesar de ser su héroe griego, judío o romano, discurre como un hombre del día. El arte clásico pretende hacer creer que el hombre no cambia. Por eso prescinde deliberadamente del carácter, de los accesorios, de lo pintoresco, para dar una impresión de continuidad.

En cambio, el romanticismo se basa en todas las diferencias, afirmando la incomprensión de un hombre de una época por el de otra, de un hombre de una nación por el de otra; lo que yo creo en el fondo más verdadero.

Un crítico y académico español, que no creo que se haya distinguido por su penetración, el señor Casares, ha dicho que yo tengo la tendencia de hacer novela histórica de una época,



Pío Baroja

(Retrato de *Bernardino de Pantorba*).

como la del principio del siglo XIX en España, que no ofrece, según él, ni brillantez ni grandeza.

El señor Casares no ha comprendido que al escribir yo novelas del siglo XIX no lo he hecho por buscar con intención una época sin brillantez y sin grandeza, sino por colocar las figuras en un ambiente próximo, comprensible y explicable.

No me choca, la verdad, que el señor Casares no haya entendido mi intención, porque miembros de una Academia como la Española, presididos por el señor Maura, que redacta sus cartas (su único bagaje literario) de una manera más enmarañada y más confusa que cualquier escribiente de Juzgado, no pueden tener el tanto de claridad espiritual necesario para darse cuenta de las cosas.

Yo encuentro que en una época cercana se puede suponer, imaginar o inventar la manera de ser psicológica de los hombres que vivieron en ella. En cambio, el modo de ser de los hombres de hace doscientos, quinientos o más años, a mí al menos, se me escapa.

No me bastarían todos los documentos que pudiera reunir para darme cuenta aproximada de cómo era un hombre de lejanas centurias.

En mi espíritu, un romano antiguo, un italiano del Renacimiento, un conquistador español o un cortesano de Luis XIV, se me representan como siluetas tan amaneradas, tan estilizadas, tan terminadas, que se me figura que no se les puede añadir ni quitar nada.

De ahí que, para mí, libros como *Salammbo*, de Flaubert, o *Los Mártires*, de Chateaubriand, o el *Quo Vadis?*, de Sienkiewicz, son por esencia errores fundamentales. En cambio, no lo son algunas de las novelas de Walter Scott, ni *La Cartuja de Parma*, de Stendhal, ni otras muchas obras de Balzac y de Dickens, de carácter histórico próximo al tiempo en que ellos vivieron.

Tampoco es un error, sino, por el contrario, un gran acierto, *La Guerra y la Paz*, de Tolstoy, porque Tolstoy pudo comprender a los rusos de la campaña de Napoleón casi por impresión directa, sin tener que recurrir a versiones amaneradas y manoseadas, convertidas en lugares comunes por largos años de retórica de los más perfilados pendolistas literarios...

Dispensad que, para hablar de pequeños ensayos míos, aduzca y traiga a colación tan grandes ejemplos; pero yo no pretendo compararme con estos célebres maestros que he citado. Lo único que pretendo es aclarar mis intenciones y en parte también sincerarme.

Ramuntcho, *de Loti*

Un escritor, al hablar con simpatía en un artículo de mi libro *Zalacaín el Aventurero*, citaba varias veces *Ramuntcho*, de Pierre Loti.

Esta novela la leí hace tiempo con gran delectación. No sé si influyó en mí o no, pero nunca tuve el pensamiento de imitarla.

Yo he sentido gran admiración por *Ramuntcho*, de Loti, pero una admiración más externa que interna.

Ramuntcho, desde ciertos puntos de vista, es una maravilla. Nunca se ha pintado el país vasco con un prestigio tan sugestivo como en este libro. El aire, el clima, los días de viento Sur, los caseríos, las pequeñas villas al pie del monte Larrun, la ensenada del Bidasoa, toda la escenografía de *Ramuntcho* es admirable; pero lo interno, el alma de los vascos de este libro, flaquea; estas criaturas de Loti son algo femenino, turbio y sensual, que no corresponden con exactitud a nuestros vascos.

No pensé en *Ramuntcho*, de Loti, al escribir *Zalacaín*. Si hubiera pensado en él, hubiera sido para mí el modelo de lo que yo no podía pretender ni tampoco debía hacer.

Sobre los vascos

A pesar de ser un pueblo pequeño, ha habido bastantes definiciones del pueblo vasco y del tipo vasco. Voltaire lo consideró como un pueblo saltarín que baila sobre los Pirineos; otros vieron su fanatismo; otros, su concentración, y otros, su orgullo.

Tampoco está mal la frase que se atribuye al cardenal Richelieu. Cuenta el jesuita Rapin en su *Historia del Jansenismo*, y lo acoge Sainte-Beuve en su *Port Royal*, que hablando un día el cardenal del célebre abate de Saint Cyran, que era Etcheverry de apellido, con el padre Joseph y el abate de Priéres, el cardenal aprobó lo que decía el abate de Priéres, pero pretendió que no iba hasta el fondo.

«Os diré—añadió—lo que pienso: Saint-Cyran es vasco; así tiene las entrañas calientes por temperamento; este ardor excesivo le envía a la cabeza vapores en los cuales se forman estas imaginaciones melancólicas, que él toma por reflexiones especulativas y por inspiraciones del Espíritu Santo».

Aquí hay una adivinación del vasco muy curiosa.

Esta explicación de Richelieu podría servir muy bien para otros vascos, antiguos y modernos,

Respecto a nuestra petulancia, el abate Iharce de Bidassouet, en su fantástica *Historia de los Cántabros*, publicada hacia 1820, cuenta esta anécdota, que luego ha corrido por otros libros:

Un príncipe de Rohan, que estaba restaurando un castillo, pidió a un vecino vasco unas piedras que había en la propiedad de éste. El vasco se las negó; discutieron, y en la discusión el Rohan dijo:

—Sabed que los Rohan datamos del siglo IX.

Y el vasco contestó:

—Nosotros, los vascos, no datamos.

Recuerdos y detalles históricos

En esta novela mía, *Zalacaín el Aventurero*, el personaje principal está inventado, porque esta obligación de inventar el héroe existe desde que se han escrito novelas.

Los detalles históricos no están tomados de libros, sino de viva voz. Algunos los oí de labios de mi padre, que estuvo en la guerra carlista de voluntario liberal; otros los escuché de sus amigos. Los tipos, paisajes y costumbres están vistos en realidad durante mis caminatas y paseos por el país vasco y en el pueblo guipuzcoano en donde estuve de médico.

Sin embargo, y esto parece una negación de mi aserto, un crítico francés, M. Peseux Richard, que escribió hace años un artículo acerca de mis libros en la *Revue Hispanique*, afirmaba que en *Zalacaín* había anécdotas que aparecen en un fabulario del siglo XIII o XIV. Al leerlo entonces quedé un poco asombrado; hoy no me asombraría, porque he visto las mismas anécdotas atribuidas en un pueblo a una persona y en otro a otra, y hasta a mí mismo me ha pasado el caso de inventar la historia de un comisionista chusco que hacía varias mixtificaciones, y después oír contar anécdotas de este comisionista inventado por mí como si fueran ciertas.

El color en el arte occidental

Hablar del dibujo y del color de una obra literaria no es una transposición exagerada de los conceptos de un arte a otro; por eso, el uso de estas palabras en literatura es corriente; ahora, defender la tesis, como lo hace Spengler en la *Decadencia de Occidente*, que la música está dentro de las artes plásticas, ésta ya es una afirmación un tanto barroca, más propia para un orador elocuente de

Nápoles, de Tarascón o de Barcelona, que para un alemán sesudo y metódico.

Este mismo Spengler, refiriéndose a la pintura de la Europa de Occidente, habla de que, después de los tonos azules y verdes de los primitivos flamencos, vino el empleo de un pardo de taller que es un tono irreal, intelectual y de aire protestante.

Pensando en el paisaje, en la literatura y en el arte de los países del Oeste de Europa, a mí me dan la impresión de que tienen poco color y de que están dominados por el gris.

Cuando pasa uno una temporada en Londres se encuentra que el ambiente es gris oscuro; si de Londres se va a París, el tono grisáceo oscuro se hace azulado; si de París se va a Madrid, el gris toma un tono de plata.

Pensando en la literatura, a mí al menos me da una impresión parecida.

Shakespeare, Dickens, Balzac, Cervantes, todos los occidentales, dan una impresión gris, elegante, con las líneas claras y fuertes. El dibujo en ellos es más intenso que el color. En cambio, Dostoiewski y Tolstoy, a mí al menos, se me pintan con más color, me dan impresión de orientales.

En pintura creo que ocurre lo propio. La pintura flamenca desde Rembrandt, la francesa y la inglesa, son grises.

Se piensa intelectualmente en los pintores españoles, cuando no se los conoce, como algo arrebatado, apasionado, luminoso, y se encuentra el fondo de plata y rosa de Velázquez, el pardo de Zurbarán y los tonos grises de Goya.

Creo que se podría defender la tesis de que el gris es es el menor color de todos, el más subjetivo, el menos realista, el más intelectual, porque es, en último término, la entonación que da la retina al cerebro cuando se cierran los ojos.

Dicen, yo no lo sé, que los griegos solían pintar las estatuas de azul y de rojo. Ahora no lo podríamos resistir.

Cuando Verlaine pedía, no el color, sino el matiz, no veía que esta petición suya no era un ideal, sino la medida de nuestra impotencia, porque el hombre del Occidente europeo, cuando cree dar un color pleno, no hace más que llegar al matiz.

Yo antes, en mis primeros años de escritor, tenía la pretensión de ser un colorista; ahora, cuando pienso en mis libros, los veo grises y cenicientos y con el dibujo inseguro e incorrecto.

Vindicación y saludo

Alguno pensará quizá que doy demasiada importancia a mis pequeñas cosas literarias y a mis desilusiones y fracasos. No, no se las doy. Es decir, se las doy como da uno importancia a sus dolores y a su vida, aunque sepa bien que no influyen nada en la marcha del mundo.

Un tanto cansado y desilusionado, como un tirador al blanco que no da nunca en el blanco, me presento ante vosotros, estudiantes de español de la Sorbona, |a daros las gracias porque habéis tenido simpatía por un libro mío que, aunque no esté bien escrito, es ingenuo y sincero.

También extiendo mi agradecimiento a mi amigo el profesor Viñas, que ha tenido la atención de invitarme a mí, oscuro vasco, hombre de calle más que de academia, a cupar un momento la cátedra de una Universidad tan ilustre y gloriosa como ésta.

PÍO BAROJA

El centenario...

(Viene de la página 104)

nacional desgarrado en 1816, y reproducimos en el alma el escenario de 1872:

Hoy es el 20 de julio: en él confluyen
de limpia luz sesenta y dos auroras,
es la fecha inmortal que el Pueblo inscribe
en el gran calendario de sus glorias!

Los ecos del martirio no enmudecen
ni del dolor el manantial se agota
en esta Plaza ¡huerto memorable!
de suspiros, y lágrimas, y sombras!...

Todo aquí lo renueva el sentimiento
despertando tristísimas memorias:
en el suelo, las huellas del cadalso;
en los sauces, las brisas gemidoras!...

....

Al igual de Littré y otros grandes espíritus, Rojas Garrido solía descansar de las fatigas cerebrales en el regazo de la amable poesía; pero jamás rimó sandeces ni puso en la urna métrica sentimientos bajos. La campana no puede soltar sus alaridos sino desde la eminencia de las torres, ni zumba el aquilón entre rastreras ortigas, mas descuajando los cedros y los robles. Rojas rimaba ideas; ideas que se desgranaban en sus estrofas como eslabones de un razonamiento robusto, y engarzaba consonantes como se retuercen al caer a la Pelton las burbujas de un torrente desbocado. Noble y fiero paladín del pensamiento libre, las a as de Pegaso batían su frente con vientos que corrían por esferas henchidas de truenos y relámpagos. Genio brotado de las entrañas del pueblo, al pie del Huila y de las cerrazones de donde surge el Magdalena, tenía la grandeza de lo innominado, era como un Dios aborigen, un Andaquí gigante, emergiendo a las más altas cumbres de la Filosofía moderna, de entre los vahos misteriosos y prehistóricos de aquellas ruinas ciclópeas que duermen siglos infinitos bajo las frondas de las selvas donde Rojas recogiera los primeros efluvios de su pensar profundo...»

Rojas Garrido, orador

Es el único de los oradores de Colombia que mantiene vivo el recuerdo de sus períodos, que son estrofas, en la memoria de sus contemporáneos. Hemos oído exclamar a un fanático: «Hablaba, y su voz era un canto»; y a otro: «Cómo rugía Rojas entonces!», y a un tercero: «Odiábamos la cuestión, pero nos dominaba tanta elocuencia». Siempre que se habla de Rojas acude a la mente la idea de majestad.

Cuando se sabía que ocuparía la tribuna, los ciudadanos acudían a rodearla con anticipación. Como en todas partes, la garrulería pretenciosa iba adelante; pero el pueblo de Bogotá, que tiene el gusto exquisito de los discursos bellos, cuchicheaba hasta ahogar a los pedantes. «Rojas! Rojas! que suba Rojas!» principiaban a clamar, luego, mil voces de hombres y mujeres. La multitud abría paso, y Rojas Garrido adelantaba a la tribuna. Su andar era lento y pesado. Su estatura mediana, su cuerpo obeso, con la espalda abultada y ancha, que pueden verse en el retrato de Mirabeau que adorna el libro de Timón. La mirada clavada hacia adelante y falta de vivacidad. Vestido de negro; guantes y corbata blancos. Las gradas de la tribuna las subía con dificultad enorme, por motivo de una dolencia antigua. Ya está arriba; un aplauso que hay que cortar por la fuerza, para que no se prolongue, lo acoge. Va a principiar. ¡Cómo ha cambiado el hombre! Hablamos antes de transfiguración, y esa es la verdad. A medida que adelanta en su discurso, parece que la ju-

ventud vuelve, con todas sus formas, al cuerpo y a la fisonomía maltratados por los años. Las líneas de su rostro, antes escondidas por la gordura, son ahora bien distintas; la frente, surcada de arrugas, es tersa; el ojo tiene claridades como de cristal pulido; el pecho se ensancha, si antes parecía oprimido; los brazos tienen una elegancia casi de mujer, y hay en todo su cuerpo una movilidad y un vigor desconocidos. Nada lo embaraza, porque dispone del ademán como de la palabra. Su estilo es amplio y grave y cadencioso, Sabe que la naturaleza es conocida de todos, y sus metáforas las forma de los fenómenos naturales, con un simpático enlace ideológico. Prefiere a veces no ser por todos comprendido, y se encierra en un simbolismo profundo, pero siempre conservando en sus cláusulas la música de las palabras. Si os habla de un muerto ilustre, que fue temible, pero que produjo el bien, él os dirá: «Fue alud que arrasa las agrias cuestas de la montaña, para llevar fuentes de vida a la pradera. Catarata que se estrella en el fondo y se refleja en el cielo con los colores del iris». Para Manuel Murillo tiene expresiones enérgicas y gráficas que son un monumento. Al General Bolívar lo llamará «Relámpago de dos siglos». Sus comparaciones son siempre abultadas: alude al mar, a las estrellas, al firmamento, al infinito, al espacio, al rayo, a la tempestad.

JUAN DE DIOS URIBE.

Las elecciones de 1924 en Nicaragua (1)

(De *La Reforma Social*, Habana-Nueva York).

IV

HABÍAMOS soñado para el Presidente Martínez, de Nicaragua, una noble y grande misión, una misión única, incomparable en su belleza y en su gloria, la misión de un libertador sin espada. Nuestro sueño no se había inspirado en su persona, ni en sus antecedentes, ni en su vida, que no conocíamos en absoluto. El era un hombre sin nombre, un desconocido, que no habría nacido nunca probablemente a la luz pública a no ser por el eventual suceso de la caída en la tumba del Chamorro presidente titular de la república. El nació de esa tumba. Supimos entonces que era un agricultor segoviano con reputación local de hombre de bien. Nuestro sueño se inspiró en las circunstancias especiales del momento en que la casualidad determinó su aparición al frente del Gobierno. Vendida Nicaragua al extranjero por los Chamorros y demás autores y cómplices de la traición de 1910, se presentaba por primera vez, en 1924, con la muerte del Chamorro presidente, la oportunidad de rescatar a Nicaragua, de poner fin a la ignominia de la condición a que la habían reducido los traidores de 1910, una nación encadenada por Washington para la explotación por los piratas de Wall Street. Si Chamorro hubiera vivido hasta el término de su período, no habría habido esperanza de rescate. Pero la tierra se lo tragó improviso, y se abrió así como una flor sobre su tumba, la esperanza. Su sucesor, si no era un Chamorro, si no era un traidor, si no pertenecía a la manada de infames de 1910, tendría corazón y conciencia para sentir y maldecir el dolor y la ignominia de su patria y ser capaz de la ambición y el valor de redimirla, tendría la inteligencia de la situación y comprendería la misión que su deber de ciudadano, de patriota, de hombre de bien y hombre de honor, de hombre decente, de hombre civilizado, de hombre humano, le imponía bajo los auspicios de un momento aleatorio en que la muerte como una Providencia había creado la ocasión para el renacimiento de la nación.

La empresa era ilustre, pero no extraordinaria, y no demandaba del señor Martínez extraordinarias facultades personales. Consistía simplemente en gobernar con decoro y con respeto propio durante el breve lapso de tiempo del saldo del período, y en respetar y garantizar el derecho de sufragio en las elecciones nacionales de 1924. La honradez y la imparcialidad de su Gobierno en las elecciones, la libertad eleccionaria real y efectiva, conforme a la Constitución y a las leyes, era el servicio, el supremo servicio que el señor Martínez estaba llamado a prestar a su patria, a Centro América, a la América continental, inclusive los Estados Unidos, a la civilización; porque de unas elecciones positivamente legales y libres habría nacido un Gobierno libre, un Gobierno genuinamente popular, que habría restablecido, por el proceso ordenado y regular de las relaciones internacionales que tienen por base la igualdad, la dignidad, el respeto recíproco, la justicia y el derecho, la independencia y la soberanía de la nación.

El señor Martínez ha roto sin embargo ignominiosamente nuestro sueño. El no era el hombre de la oportunidad, él no era el hombre de la hora preparada por la muerte como una Providencia para la redención de Nicaragua, él no era el libertador pacífico y civil que con sólo cumplir las leyes y garantizar el ejercicio del derecho, habría libertado a su patria del yugo extranjero y habría dejado en la historia un nombre bendecible; no, él es un hombrecito como todos, como el montón, insignificante, pedestre, sin nada generoso y superior en su corazón, interesado sólo en las cosas materiales y terrenales del egoísmo personal. El señor Martínez es como todos un hombre enfermo de la vulgar ambición a la presidencia de la república; y a esta ambición lo ha sacrificado todo, la oportunidad que el destino le ofreció para ser un bienhechor de su patria, su respetabilidad oficial y el decoro y la dignidad nacional.

Para que el señor Martínez fuera el hombre útil que Nicaragua y los amigos de Nicaragua vieron en él cuando apareció como un esperanza en el Poder, era esencial que fuera un hombre sano, libre del virus de la ambición personal. La ambición personal era incompatible con su misión de libertad. El desinterés, la abstención, la renunciación, eran la garantía de su sinceridad. Para ser imparcial, y para que el pueblo tuviera fe en su imparcialidad en las elecciones, era preciso que él no fuera un pretendiente, que no aspirara a la presidencia. El simple hecho de su candidatura hacía de antemano ilusoria la libertad eleccionaria y trastornaba la corriente natural de las cosas hacia una concentración de las fuerzas protectoras de la nación en la campaña electoral para dar la batalla decisiva a los traidores.

La expectación respecto al señor Martínez no duró mucho. El no tardó en hacer saber por sus hechos que él no era hombre de misión sino de ambición, hombre *práctico*, dispuesto a aprovechar su oportunidad en el Poder, no en beneficio del país sino en beneficio propio. Lo primero que hizo fué consultar al Congreso si su candidatura sería constitucional, si podría sucederse a sí mismo en la presidencia bajo la Constitución. El Congreso, un rebaño de chamorristas, se declaró sin facultades para resolver la consulta. Su ojos se volvieron entonces al verdadero soberano, la fuente de todas las cosas, a Washington. Si Washington consentía, ¿qué importaba la Constitución? Pues el consentimiento de Washington bastaba por sí solo para resolver la cuestión constitucional y sancionar y consagrar en todo sentido la sucesión presidencial del señor Martínez por el señor Martínez.

Vino un comisionado del señor Martínez a Washigton. Es de suponerse lo que el señor Martínez habrá hecho para ser grato a Washington, para ser *elegible* a los ojos de Washington, para obtener el permiso de Washington para ser presidente de Nicaragua, para ser electo, en suma, por Washington. Pero Washington es un lugar de sorpresas, y ha resuelto contra la ambición del señor Martínez la consulta que el Congreso de Nicaragua no se consideró con facultades para resolver. Washington dijo francamente al señor Martínez, en una nota oficial de 13 de junio, que en su opinión la elección a la presidencia de una persona que había ejercido el cargo en el período anterior, o sea la reelección, sería

(1) Conviene revisar el proceso de estas elecciones, que han sido de interés centroamericano. Véanse, pues, los Nos. 19 y 20 del tomo 7 del *Repertorio Americano* y los Nos. 3 y 15 del tomo 8.

contraria a la Constitución de Nicaragua, y que no reconocería, llegado el caso, el Gobierno de tal persona.

Murió así la ambición del señor Martínez, ¡el pobre hombre!

No para aquí empero la historia de la degradación del señor Martínez en el Poder. Con ser un simple y un rústico, el hombre tiene todos los vicios de los caudillos y de los profesionales de la política en las tierras de la audacia y de la irresponsabilidad. Siendo la voluntad de Washington que él no sea el próximo presidente de Nicaragua, pensó entonces en darse un sucesor; y su política con este objeto ha destruido la unidad del partido que en los últimos catorce años ha representado la aspiración nacional de libertad y de renacimiento.

El señor Martínez es hombre de partido y es conservador, como los Chamorros. Como conservador estaba en la vicepresidencia de la república cuando vacó por muerte la presidencia. Por razones que ignoro, pero que sin duda son de ambiciones y rivalidades personales, el partido conservador se ha dividido también como el liberal por obra de la política del señor Martínez, y hoy forma dos facciones enemigas, la de Chomorro y la que rodea al señor Martínez.

La facción conservadora del Poder con el señor Martínez, ha pactado una alianza con una de las facciones en que se ha dividido el liberalismo; y de esta alianza ha salido la candidatura de un señor Carlos Solórzano, conservador, para la presidencia de la república; y de un liberal, el doctor J. B. Sacasa, para la vicepresidencia. Esta es una alianza oficial de la facción del Poder con una facción de la oposición, para elegir en las elecciones de este año una combinación electoral. El carácter oficial de esta fusión, su índole de partido del Gobierno expresamente organizado para tomar parte como partido oficial o del Gobierno en las elecciones de este año, resulta inequivocadamente de una nueva abominación del Gobierno del señor Martínez. Su Ministro de Relaciones Exteriores, un tal Urtecho, cumpliendo instrucciones del Presidente, consultó oficialmente al Departamento de Estado, en nota del 16 de julio, si el Gobierno de los Estados Unidos miraba con favor esta alianza y sus candidatos. Washington contestó, naturalmente, que no tenía preferencias cuanto a candidaturas presidenciales en Nicaragua, que no favorecía ni hostilizaba candidato alguno; que deseaba elecciones libres y honradas; y reprobó la indiscreción y la indignidad del Gobierno de Nicaragua en la consulta, advirtiéndole que la transferencia a Washington del centro de actividad política de Nicaragua, sería perjudicial para el Gobierno. Esta transferencia se efectuó hace tiempo, como es bien sabido, desde que triunfaron los traidores de 1910; sólo que Washington es hipócrita y cómico y miente contra la más abrumadora evidencia, y que nunca el Gobierno de la traición en Nicaragua, durante los últimos catorce años, había sido tan descaradamente servil y abyecto como este Gobierno del señor Martínez.

Este partido del Gobierno, este partido oficial, constituído por la fusión de dos facciones históricamente enemigas, y en cuyo nombre habla el Ministro de Relaciones Exteriores de Nicaragua, degradándolo al nacer en la consulta que hace al Gobierno de los Estados Unidos, y degradándose él mismo en la inaudita bajeza de este acto sin paralelo en las relaciones internacionales, es hoy el enemigo natural y la amenaza declarada de la libertad eleccionaria. Para ganar las elecciones con los recursos bien conocidos del Poder, se han aliado. Esta es en realidad de verdad la condición fundamental de la alianza. Si esta facción claudicante del liberalismo hubiera tenido fe en la libertad eleccionaria, si no hubiera temido una nueva burla y un nuevo crimen del Poder con el apoyo de los Estados Unidos, no habría cometido esta traición a su partido, a su historia, a sus tradiciones, al honor y a la patria. La facción del Poder busca por su lado en la alianza vestir o hacer menos escandalosa su acción criminal contra la libertad en las elecciones, busca cómplices. Esta es una alianza de liberales y conservadores contra la libertad electoral en las elecciones de este año.

Los elementos de la situación en las próximas elecciones, son de este modo los siguientes: los conservadores de Chamorro, con Chamorro como candidato; los conservadores del Poder y su cola liberal, con Solórzano como candidato, o sea el candidato oficial; y el liberalismo fiel y puro, leal a sí mismo y a la patria, que proclama la candidatura del señor Corea. La alianza de la facción conservadora con la facción liberal parece ser una coalición contra la facción conservadora de Chamorro. Esta es por lo menos la excusa, la hoja de parra. El temor de que los conservadores del Presidente Martínez y los conservadores del aspirante Chamorro se unieran, parece que decidió a los liberales a este paso de torpeza y de oprobio. Pero siendo como son los liberales la inmensa mayoría del país, nada tenían que temer de las dos facciones conservadoras, unidas o separadas, si hubieran tenido razones para ver en el señor Martínez una garantía clara e insospechable de la libertad electoral. Es la falta de fe en la honradez y la lealtad del señor Martínez como Presidente de la República, en relación con el derecho de sufragio, la persuasión de que no respetaría este derecho y lo burlaría y perseguiría como sus antecesores los dinastas de Dawson, lo que verdaderamente decidió a los liberales a la alianza. No queriendo ser las víctimas del señor Martínez y su facción conservadora, prefirieron ser sus cómplices. Pero es evidente que la manera sana, lícita, normal, natural, de eliminar no solo a Chamorro sino el *chamorrismo*, era una elección libre y honrada. ¿Qué esperanza de victoria habrían podido tener los conservadores, aun unidos, contra el liberalismo en unas elecciones libres y honradas?

Todo depende ahora de dos factores: la libertad electoral y la fuerza numérica del liberalismo independiente, que ha asumido, desde que surgió el cisma, el nombre del Partido Liberal Republicano.

¿Quién garantizará la libertad electoral? No será por supuesto el Gobierno del señor Martínez. ¿Será Washington? Ya hemos visto que en la nota del 16 de julio Washington expresa el deseo de que las elecciones sean libres y honradas. Antes, en la nota del 13 de junio que mató la ambición presidencial del señor Martínez, Washington declara que espera «que el nuevo Presidente de Nicaragua sea constitucionalmente elegido en elecciones en que la voluntad del pueblo de Nicaragua tenga la más plena y libre expresión». Esto no resuelve, empero, la cuestión de la garantía de la libertad electoral. Si esta libertad no está garantizada de una manera eficaz y efectiva, las elecciones las hará el Gobierno. La perfidia de Washington en este punto está demostrada por la experiencia hasta 1920. Washington ha intervenido en una forma o en otra, a veces brutalmente, para impedir que el Presidente de Nicaragua fuera constitucionalmente elegido en elecciones en que la voluntad del pueblo de Nicaragua tuviera la más plena y libre expresión. Desde que triunfó la traición con el apoyo de Washington en 1910, las elecciones de Nicaragua las ha hecho el Gobierno con el apoyo de Washington. En 1920 Washington prometió solemnemente al pueblo de Nicaragua que las elecciones de ese año serían libres, y fueron como siempre fraude y farsa, las hizo como siempre el Gobierno y el *elegido* fue un Chamorro, a quien Washington se apresuró a felicitar por su *elección*.

Obsérvese que Washington no promete nada esta vez. Se limita a expresar el deseo de que las elecciones sean libres, lo cual es lo mismo que nada. Hay que tener en cuenta este hecho, sin embargo, mientras las fuerzas de infantería de marina de los Estados Unidos estacionadas en la capital de Nicaragua desde 1912, permanezcan allí, Washington será responsable de que no haya elecciones libres en Nicaragua y de que no haya en Nicaragua un Gobierno constitucionalmente elegido en elecciones que sean la expresión inequívoca de la voluntad popular.

Si Washington declara que no reconocerá en Nicaragua ningún Gobierno que no sea constitucionalmente elegido en elecciones libres y honradas cuyo resultado sea la expresión incuestionable de la voluntad del pueblo de Nicaragua, ésta sería la mejor garantía de la libertad electoral en las elecciones de 1924.

JACINTO LÓPEZ

Nueva York.



LA EDAD DE ORO

58.—Enciende tu lámpara

En cuanto caiga la noche, enciende tu lámpara. No permanezcas en la obscuridad. Enciende cuidadosamente tu lámpara.

El viajero que pase, dirá: «cuánto reposo debe haber cerca de esa luz; y cuánta paz».

La mujer solitaria que la distinga de lejos, pensará: «allí debe anidar el amor; dos que se quieren son bañados por el mismo fulgor blando...»

El niño que la contemple, exclamará: «tal vez hay niños en redor de la mesa y leen bellos cuentos y miran maravillosas estampas».

El ladrón furtivo murmurará con recelo: «allí vive un hombre prevenido a quien no se puede atacar a mansalva».

Muchos, al internarse en la selva, se sentirán confortados por tu luz.

En verdad te digo que es misericordioso, a las primeras sombras, encender nuestra lámpara: la buena lámpara de que el Padre ha provisto a los caminantes de la vida.

Amado Nervo.

(Plenitud).

59.—Excelsior

A la República Escolar

¡Niño, cree en ti! La firme confianza
en el propio valer el triunfo da;
uno mismo es factor de su esperanza
y uno mismo la torna en realidad.

Ocupa en el girar de la existencia
el lugar que tu espíritu te dió:
el puesto que te asigne tu conciencia
ese ha de ser el que te asigne Dios.

Haz lo que grandes hombres siempre han hecho
en la noble locura del ideal:
tener altos anhelos en el pecho
e ir hasta el fin sin vacilar jamás.

¡Ayúdate! No entregues tu destino
al acaso o a ajena protección:
tu propia voluntad es el camino
y la fuerza tu propio corazón.

No sólo es héroe el que en febril combate
obtiene un triunfo de sangrienta lid;
más grande es el que lucha y no se abate,
el que mira de frente al porvenir.

Lo que eleva a la cumbre desde abajo,
la recta escala que conduce al bien,
es la virtud, la ciencia y el trabajo
movidos por la fuerza del deber.

Trabajar es vivir, y en lontananza
ha de haber un objeto, un ideal;
pues lo que alienta al hombre en la esperanza
es la voz que le dice: ¡más allá!

El que vacila, el que en su afán no sabe
cuál es la ruta que conduce a un fin,
es como en negra tempestad el ave
que arrastra el huracán hasta morir.

¿Cuál, pues, será el objeto? En lo profundo
de nuestra voluntad está el poder;
¡y quedan tantas cosas en el mundo
que nosotros pudiéramos hacer!

¡Sueña, ten fe y trabaja! Su desaire
la suerte no lo muestra al que soñó:
hacer altos castillos en el aire
no es locura cuando es aspiración.

Alzate, sí; pero egoísta idea
no manche el timbre de tu esfuerzo audaz;
piensa en ti mismo y en los otros; sea
tu más alta pasión la humanidad.

Isaías Gamboa.

(Flores de Otoño).

60.—Todo se utiliza en el algodonero

Es inútil preguntar para qué sirven las hebras del algodón. La flotante pelusilla viste a la humanidad. Pero es mejor que lo digan otros:

Compone la vestidura de la humanidad. Satisface al gusto refinado y a la vida nómade; a todas las civilizaciones, igual que a los salvajes. (Pierre Baudin).

Es el material más barato que se conoce. Su desarrollo futuro no tiene límites. (*The British Trade*, de Londres).

Ninguna sustancia textil, animal o vegetal, desempeña tan considerable papel como el algodón, en la economía de las sociedades modernas. (Pizzeta).

De aquí el empeño de Norte-América en invadir el mundo con su algodón. En 1900 produjo por valor de 280.000.000 de dollars. En 1901 produjo 490.000 000. ¡Inútil empeño! La preciosa pelusilla es más buscada cada día, y cuesta más, como veremos en seguida.

No es todo.

Aparte de los hilitos finos que forman la *borra*, hay otras cosas. La imaginación guaraní hizo bien en bordar una hermosa leyenda para divinizar la hermosa planta.

Las otras cosas son el—

Tallo y sobre todo *las hojas*. Son forrajes. Están en el rango del rastrojo del maíz, arroz, avena, trigo. Cinco toneladas de tallos producen una de corteza dando casi 1500 libras de fibras. Y hay la—

Semilla. La semilla desde luego contiene:

Aceite. Una tonelada de semilla da 300 libras de aceite

que se aplica al alumbrado y es de agradable gusto; refinado se come. En la Farmacia sustituye al aceite de olivo; refinado es lubrificante; el residuo se emplea para fabricar jabón que se recomienda en el lavado de lana. En los Estados Unidos, la exportación de manteca sólo ha aumentado en 37 % de 1884 a 1894, pero la del aceite de algodón ha subido en un 162 %. La parte que queda después de extraído el aceite, da—

Harina. Esta harina es muy alimenticia. Contiene 43,26 % de proteína o materia nitrogenada, 22,31 % de materia no nitrogenada y 13,45 % de grasa. Se cree que esta harina excede en fuerza alimenticia a la del maíz y trigo. Se usa como fertilizante y en este sentido vale tanto como el pescado seco o la carne picada (Storer). Sirve así mismo para destetar a los terneros. En Europa se usa para alimentar a los animales: el estiércol, entonces, es abono fuerte. Queda de la semilla la—

Cáscara. Buena para la digestión de los rumiantes (Kilgose). Sustituye con ventaja al heno. Vale también como combustible en las máquinas. Todavía hay:

La corteza de las raíces. Contiene un principio que se ha usado en medicina (Gossypii radicis cortex U. S. Ph).

La ceniza del algodonero es rica en potasa (23,40%) y en ácido fosfórico (9,08 %). Es un abono.

Es posible que el algodón se cultive tanto por su semilla como por su fibra.

The British Trade, decía: *El cultivo del algodón ofrece productos colaterales de gran valor, como son las semillas de que se extraen el aceite y el alimento preparado para el ganado, así como el* lino *que es una fibra de la simiente.*

Con lo que da la semilla puede pagar el agricultor paraguayo los gastos de producción (Dr. Bertoni). En utilizándolo todo, puede pagar hasta el interés. La fibra sería ganancia según atino.

Lo curioso es que una plantita humilde sirva para para tantas cosas,—tejido, forraje, aceite, jabón, harina, combustible, abono. Es como la vaca en que no se desperdicia nada: ni la carne, ni el cuero, ni los huesos, ni la uña, ni la leche, ni los cuernos, ni la bosta. No hay cosa que no haga la ciencia aplicada.

MANUEL DOMÍNGUEZ.

(*El Algodón:* su producción en el Paraguay 1903).

Cuento "Reviejo",

Por Bagaría.



—Oye, Joancho: A quien madruga, Dios le ayuda. Ramonchu, ayer, por madrugar, encontró una onza.
—Sí, abuelito; pero madrugó más quien la perdió.

61.—La historia del carbunclo

Oid, esta es la historia del carbunclo, el ave de fuego, el lucero alado que vaga por las noches, saltando como un gran rubí elástico.

En el mes de octubre, en las largas y lluviosas noches, cuando el agua cae incesante, los niños forman corro en la cocina, y oyen los hermosos cuentos relatados por la vieja criada o por la cariñosa abuelita.

Esta vez, las narraciones son deliciosas, con toda la sal de la tía Romana, una viejecita vivaracha, que va y viene, de pueblo en pueblo, vendiendo camisas vicentinas.

¡Ha viajado tanto la tía Romana! Conoce *La Estanzuela*, *Santa Ana Grande*, *El Salvador*, *Ahuachapa*... el mundo entero. ¡Y sabe tantos cuentos!

Como a ella le den su traguito de aguardiente entre una y otra historia, ya tenemos para toda la noche. Siete días lleva de hospedarse en mi casa, y ya nos ha contado *El pájaro del dulce canto*, *El caballo de siete colores*, *La Bella y la Fiera*, correrías de Partideño y de Pedro Cosme; mil cuentos y leyendas que nos hacen soñar con encantos y con ladrones, con caballos que vuelan y con pájaros de oro.

Oid, esta es la historia del carbunclo:

«El carbunclo vuela. A veces se halla escondido en una piedra; otras, en el fondo del Lempa o del Río Grande. Se halla también en el corazón de los grandes árboles de las montañas.

No hay minas de carbunclos, ni alumbran nunca por el día. Lo que llaman diamantes, no son más que pedacitos de carbunclos muertos. Porque el carbunclo es vivo. ¿Han visto las exhalaciones? Pues son carbunclos.

»A media noche, en lo más callado de la noche, cuando todos duermen, baja el carbunclo, entra en las casas, y va saltando como una granada de luceros. A cada salto se apaga y se vuelve a encender. ¡Ah, qué hermoso es! Si llega uno a cogerlo, se va, se pierde, se deshace entre las manos, y cuando uno se ha quedado buscándolo, se le ve aparecer más allá, rojo, brillante como una brasa con alas.

»Ahora, ¿cómo dirán que se coge el carbunclo?

»Hay que estar en gracia de Dios, por supuesto. Gente que no esté en gracia de Dios, ni se acerque. Entonces, pues, si está uno en gracia de Dios, se levanta a las doce, y pone una batea de agua bendita. Ahí llega a beber el carbunclo. ¡Cuidado con ir a cogerlo! A la noche siguiente se pone la batea, ya no en la cocina —porque primero, se pone en la cocina— sino en el cuarto de dormir. Llega otra vez, y bebe agua. A la tercera noche, se deja la batea en la sala, reza uno sus oraciones, y a la hora en que va a llegar, está uno listo. Entra saltando, como una brasa, cae en la batea, y entonces, pero pronto, le echa uno un trapo encima.

»Y ya no se va. Al sacarlo del agua, la casa parece que está ardiendo. ¡Es una luz tan suave, tan hermosa, tan viva, que no hay sol, ni lucero, ni nada!

»Cambia de color a cada instante: ya es una roja granada, ya un grande ópalo, o una inmensa esmeralda. Otras veces parece un zafiro, una amatista, un rubí, un topacio... El carbunclo da todas las luces; quien lo tiene, es dichoso, está contento, siente que la luz le llega hasta el alma...

»Es del tamaño de un huevo de paloma. Es como tener una estrella...»

¡Ah, sabéis cuántos días y noches los chiquitines pasamos soñando en el carbunclo, en el ave de fuego, en el lucero alado que salta como un gran rubí elástico?...

ALBERTO MASFERRER

(*Niñerías*).

El nuevo órgano

(De *El Sol*, Madrid).

La Sociedad de Naciones, creada por el Tratado de Versalles, única creación de la paz, es un órgano nuevo que no viene a ejercer una función ya establecida, sino precisamente a crearla. Supongamos que a un hombre se le abriera un ojo en el cogote. Al que tiene algo que ocultar, ese ojo o ese hombre le pudiera parecer sospechoso. Al que no tiene nada que hacer, al espectador, le podría parecer cómico. La Sociedad de Naciones no ha podido menos de levantar como un ojo en el cogote, como un órgano insólito, sospechas y risas.

Sin embargo, no es un órgano más insólito que las oficinas o laboratorios de Estados que han servido durante la guerra para poner en función, como la cosa más natural del mundo, tales o cuales usos nacionales, es decir: nacionalidades. ¿Fracasará el mismo procedimiento para un nuevo uso internacional? De todos modos, es ésta una función que exige antes la creación del órgano. El órgano está creado; es la Sociedad de Naciones. A medida que lo exijan o permitan los acontecimientos de la actual asamblea se irá aquí dando cuenta de él. Desde luego se diría que, no llenando todavía su función, un órgano de esa naturaleza debe parecer poco vital y pretencioso.

La primera impresión es de sencillez. No hay Parlamento más sencillo que esta asamblea de la Sociedad de Naciones. La sala es de una iglesia protestante. Los delegados ocupan cada cual su sitio antes de que empiece la sesión. Uno de ellos, el persa, conserva en la cabeza el fez negro, símbolo de la idea que cada delegado puede conservar dentro de la cabeza. Los etíopes van vestidos de seda. Me dicen que en las otras asambleas eran más numerosos los trajes nacionales. No hay agitacion ni interrupciones. No hay «pasillos».

Hay, sí, una sala de paso; pero es como un *hall* de cualquier hotel de Ginebra. Es como una plaza pública de una ciudad pequeña. A la puerta, un agente gordo y pacífico, se basta para establecer el servicio de orden:

—Marta—le dice a una muchacha—, apártate y no estorbes.

Ginebra le da a la Sociedad de Naciones su sencillez y confianza.

CORPUS BARGA

Ginebra, 2 de setiembre.



Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica